

DEL TERROR GÓTICO A LAS AVENTURAS DE CORTE FANTÁSTICO

Margarita Salazar Mendoza

Jaime Cano Mendoza egresó del programa de Literatura que se imparte en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, en junio del 2015, carrera a la que ingresó justo cuatro años antes. Después cursó la Maestría en Estudios Literarios en la misma institución. Su tesis de licenciatura se tituló *El lenguaje mítico en Los días de sombra, de Liliana Bodocy*, la de la maestría *El doppelgänger como metáfora de la psique en los cuentos de Francisco Tarío*. Cano Mendoza nació en Ciudad Juárez, en 1992, y actualmente se desempeña como profesor. Antes de publicar la obra que nos interesa en esta reseña, ya había publicado trabajos sueltos.

Después de un tiempo de haber concluido su formación académica, nuestro autor afirmó en su cuenta de Facebook: “Decidí estudiar letras por el deseo de escribir cuentos y novelas en el futuro”. Así mismo, mencionó: “Mi película favorita es *El Señor de los Anillos*, y entre mis autores predilectos están Julio Verne, Jorge Luis Borges y Francisco Tarío”. Además, cree que “la fantasía nunca debe considerarse evasiva, pues solo nos ayuda a comprender la realidad desde otras perspectivas a través del ingenio de la imaginación”. Rematemos este párrafo con otra declaración de Cano, quien expresa: “intento guiar mi vida a través del viaje del héroe de Joseph Campbell”, pues esta confesión confirma de antemano una influencia que se adquiere dentro del ambiente académico.

Aterrizamos así en *Miseónica*, su primer libro de cuentos, que fue publicado en 2020 por Ediciones Oblicuas, de Barcelona. Esta obra está dividida en ocho relatos, “al puro estilo del horror lovecraftiano, es decir, se trata de un conjunto de narraciones impregnadas de elementos fantásticos extraños y realidades superpuestas”, tal como reza la contraportada del libro. Precisamente por lo anterior y por algunos aspectos que comentaremos, su formación académica es patente en este libro suyo. Para empezar, notemos los elementos paratextuales obvios, me refiero a los títulos: “Dasein”, “Siela”, “Dzulum”, “Epílogo”, “Pródromo”, “Tóolok”, “Uyanis” y “Miseónica”, este último da título al libro.

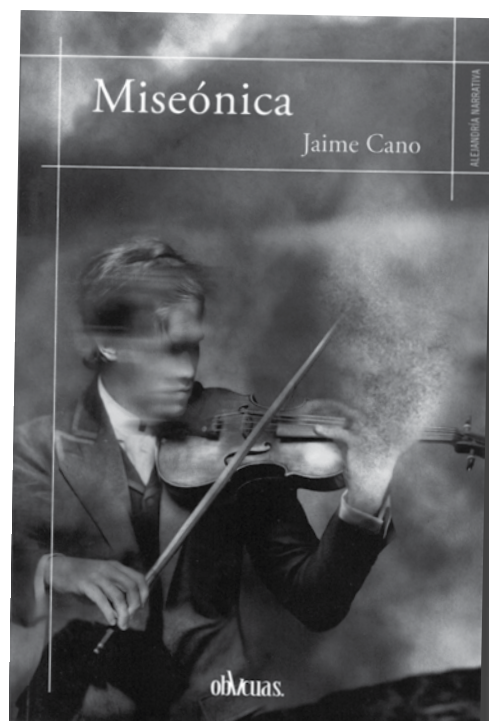


El primero de ellos, “*Dasein*”, es un término alemán que combina dos palabras, ser (*sein*) y ahí (*da*), cuya unión remite en sentido literal, a “ser-ahí”, de lo que se desprende el significado de “existencia”. En su *Diccionario*, Ferrater Mora da una primera definición:

DASEIN. En el artículo *Existencia* nos hemos referido al modo como ciertos filósofos, tales Heidegger y Jaspers, han tratado este tema. Hemos distinguido entre el concepto de existencia en los dos autores escribiendo «Existencia» (en mayúscula) al referirnos a Heidegger y «existencia» al referirnos a Jaspers (o también al referirnos al concepto heideggeriano de *Existenz* y al concepto de existencia en general y en la mayor parte de las tendencias filosóficas).

Un joven que no ha alcanzado los 30 años cuando escribe un cuentario, en el que uno de los textos se titula de dicha manera —*Dasein*—, demuestra un conocimiento de los clásicos. Cuestión que se corrobora con el epígrafe inserto inmediatamente después del título y antes de iniciar propiamente con la historia:

Esta obra está dividida en ocho relatos, “al puro estilo del horror lovecraftiano, es decir, se trata de un conjunto de narraciones impregnadas de elementos fantásticos extraños y realidades superpuestas”



Dasein

El mundo es un compuesto de todas estas cosas;
uno, el dios derramado en todas ellas;
una la sustancia, una la ley, una la razón.
Marco Aurelio

Recordemos que el epígrafe funciona como base hermenéutica para explicar (o interpretar) un texto. Una excelente obra en la que el uso del epígrafe es ejemplar, es la novela de Juan Miguel de Mora — considerado el mejor exponente de la literatura mexicana de ciencia ficción—, cuyo título es *Otra vez el día sexto* (1967). Y el epígrafe por él elegido proviene del *Génesis* (27-31), que dice: “Y creó Dios el hombre a su imagen... / Y fue la tarde y la mañana del día sexto...” Al leer la historia es notorio el ciclo que se repite comparándolo con lo contado en ese libro bíblico.

Este texto de Jaime Cano, *Dasein*, se mueve por la especulación metaficcional, historia en la que un escritor se horroriza cuando sus personajes de ficción cobran vida y él mismo se autoficcionaliza. En *Niebla* de Miguel de Unamuno se produce, como en la historia de Jaime, precisamente el enfrentamiento entre creador y personaje. En Unamuno, Augusto lo enfrenta y sostienen este diálogo:

—¿Cómo? —exclamó Augusto sobresaltado—, ¿que me va usted a dejar morir, a hacerme morir, a matarme?
—¡Sí, voy a hacer que mueras!
—¡Ah, eso nunca!, ¡nunca!, ¡nunca! —gritó.

En el relato de Cano llega un momento en que el narrador desea “papel y pluma para hacerlos desaparecer, para arrojarlos por el acantilado” (p. 21), y lo logra: “En una de las curvas más escarpadas tuvo un impulso; [...] Lo hice. Empujé a Francisco por el borde y cayó al precipicio”.

Respecto al segundo de los relatos de Cano, titulado *Siela*, alude a un término lituano-español, que significa alma, con sus sinónimos: espíritu, ánimo, psique, ánima. Este texto, de terror gótico clásico, versa sobre la historia de un violinista, cuyo objetivo es concluir una composición musical para su amada, a quien se la interpreta en su tumba. La historia sucede en un periodo muy corto, dos días y sus noches, lo cual es anunciado desde la primera frase; sin embargo, se trata de un relato singulativo de narrador intradieгético, de acuerdo con la clasificación de Gérard Genette. El final es más que sugerente sobre el contenido: “Al alba siguiente, la estatua de un hombre abrazado a una de las lápidas se desmoronó y fue arrastrada por el viento” (p. 37). Temas similares fueron tratados por Gustavo Adolfo Bécquer en su rima XXXIX o, incluso, y salvando la distancia y en sentido inverso, el mito de Pigmalión y Galatea.

Por lo que hace al tercero de los cuentos, su título corresponde a un término de la mitología mexicana. El *dzulúm* se refiere a una bestia, un monstruo propio de la cultura maya, en la sierra de Chiapas. Esta criatura misteriosa aparece en la literatura a mediados del siglo XX, específicamente en la novela *Balún Canán* de Rosario Castellanos. Ahí se describe de la siguiente manera: es un

animal, por las noches recorre sus dominios, “no se mueve por hambre sino por voluntad de mando”, diezma los rebaños, “muy hermoso”, hasta las personas “le pagan tributo”, deja estragos por dondequiera y “un terror que seca las ubres de todos los animales que están criando”. En esta historia de Castellanos, una joven hermosa “lo miró y se fue tras él como hechizada. [...] Él iba adelante, bello y poderoso, con su nombre que significa ansia de morir”. Este relato de Jaime Cano es de aventuras, de corte fantástico, en el que se narran las andanzas de un español, cuyo “oficio está en el extremo de una escopeta” (p. 45), junto a un mexicano académico concentrado “en los campos de literatura y mitología” (p. 45). Su final es simplemente impredecible.

Pródromo apunta a un nombre masculino para aludir a la señal o al malestar que precede a una enfermedad; su uso principal se da en la medicina. Así, se habla de los pródromos del parto o de enfermedades virales como el sarampión, la varicela o el herpes. Es un término de procedencia griega, como muchos utilizados en la medicina, que significa “precursor”. Después se incrustó en el latín y llegó hasta nuestro español. Éste es el texto de Jaime más corto de todo el libro. La cuestión precursora de lo narrado en el cuento tiene que ver con el inminente ataque de una bestia.

Es común la confusión entre dos conceptos, *toloc* y *tóolok*; la primera es una palabra de uso común en Mérida para referirse a la iguana, en el maya de la zona equivale a *juuj*. La otra palabra, *tóolok*, un vocablo maya, es para nombrar a otras especies de reptiles, cuya característica común es la cresta. Se cree que la confusión entre ambos términos se dio a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, principalmente entre los hablantes del español que se acercaron al maya. Este preámbulo nos es útil para comprender la historia contada por Cano en el texto que lleva tal título y que inicia con una serie de frases cortas que funcionan como un estribillo durante el desarrollo de la historia y cuyo escenario abre en la cancha de un juego de pelota ubicada en Chichen Itzá.

La palabra turca *Uyanış* es la que da título al penúltimo de los relatos de este libro de Jaime Cano. La primera frase: “Abrió los ojos y no supo si ya están abiertos” (p. 79) recoge con fidelidad su definición, el instante de la transición del sueño al despertar. Sólo que en este caso el protagonista despierta en un mundo desconocido, en uno donde “el mercado estaba lleno de tapetes colgantes, vasijas de cuellos largos, monos disfrazados y hombres con turbantes” (p. 79); una pesadilla que se repite.

El último de los textos que proporciona el título al libro cierra muy metaficcionalmente: un escritor que presenta su libro titulado *Miseónica* en una Décimotercera Feria

Estatul del Libro Infantil y Juvenil. Su obra “explora los temas del odio y la misericordia en trece cuentos de corte surrealista” (p. 85) reza ahí. La cucaracha de la historia recuerda el insecto de la *Metamorfosis* de Kafka. ¿Tenía Jaime esa famosa obra en la cabeza cuando escribió su relato?

Tanto la forma como el contenido de este conjunto de textos hablan de la formación académica del autor. Todas sus páginas están plagadas de alusiones a múltiples aspectos de la cultura española y mexicana, a personajes históricos como el rey Alfonso XIII el Africano, o lugares: Barcelona y Chapultepec; el ambiente académico es persistente entre sus páginas. Los títulos, los epígrafes, los términos en otras lenguas, aún las descripciones de lugares tan disímiles como alguno de Europa o de Turquía o de la selva del sur de México.

Sobresale, así mismo, un elemento metaficcional constante, pues menciona conceptos propios de la lengua y la literatura: periódicos (p. 41), libros (p. 9), “el estudio y el arte literario” (p. 9); hace llamados explícitos como el siguiente: “Discúlpame, lector, pero necesito desahogarme con estas exclamaciones en papel, pues nadie en el mundo me escuchará de viva voz” (p. 9); busca tiempo y espacio “para terminar la novela que me había propuesto escribir” (p. 9); o la conciencia de que el “mejor momento para escribir historias de horror es a las tres de la mañana” (p. 7); un personaje escribe una carta que le envía al protagonista de su tercer cuento, el doctor en literatura Cambeiro. Además, cita obras existentes como las *Leyendas mexicanas* de Roa Bárcena y otras —*Criaturas terrenales y del inframundo* de Sigmund Peterson—, producto de su invención, tal como gustaba Borges de hacer.

Es innegable pues la formación académica de este joven autor, visible en su estilo cuidado, en el juego metaficcional, en la elección del género fantástico para la composición de sus historias, sin mencionar las continuas alusiones al ambiente académico que pueblan todo el libro, desde la primera hasta la última página. ■

Margarita Salazar Mendoza (Ciudad Juárez, 1960). Escritora mexicana, docente-investigadora de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Su tesis doctoral es una propuesta del concepto de *Variaciones como una categoría de análisis literario*. Autora de la antología titulada *Narrativa Juarense Contemporánea* (2009). Primer lugar y Rosa de Oro en la categoría de cuento en los XXXVI Juegos Flores (2010). Compiladora del libro de ensayos *Espejos y Realidades de Ciudad Juárez* (2013). Reconocimiento Estatal como Chihuahuense Destacada por trayectoria dentro de las letras (2016). Directora de la revista de creación gráfica y literaria *Paso del Río Grande del Norte* (2010-2017). Coordinadora del Programa de Literatura en la UACJ. Cuenta con diversas publicaciones de divulgación en revistas arbitradas y en capítulos de libros.